



Karl Münchinger, en Madrid, al frente de la Orquesta de Stuttgart.

Haydn. En un coloquio celebrado antes del tercer concierto, Münchinger habló de imposiciones ajenas a su voluntad, y es posible que así fuera, pero la verdad es que tanto da. Como ocurre con otros directores, a los conciertos de Münchinger se va a escuchar a él, y no a escuchar a Bach, Vivaldi o Haydn.

Y, sin embargo, Münchinger impuso en un principio su nombre precisamente al amparo de unos criterios de fidelidad al original que, cuando se fundó la Orquesta de Stuttgart, eran sistemáticamente soslayados por la práctica general de hacer un barroco colosalista y "romántico". Hoy, más de treinta años después, el que es un romántico es Münchinger, que sigue haciendo la misma música porque es la música que le gusta, su música. Interpretaciones posteriores nos han demostrado que esa música puede hacerse de mil maneras distintas, y el mismo Münchinger lo reconoció en el coloquio antes citado, aceptando en plena profesión de liberalismo estético todas las versiones posibles, y aceptándolas en cuanto reflejo de la personalidad de un director (aunque luego, pormenorizando, se mostró menos liberal con ciertas versiones, y precisamente con las que pretenden ser más fieles). Así, en sus múltiples y prolongadas "tournées", lo que hace hoy Münchinger es fundamentalmente ser Münchinger, recoger los frutos de un trabajo de más de treinta años. Por más que, a determinados niveles, todavía perviva un fenómeno, el de que por haber sido

Münchinger el primero, y haberlo sido sobre todo en discos, se tomen sus versiones como patrón, como punto de referencia para juzgar las otras.

Asistí al tercero de los conciertos de Münchinger y puedo dar fe de una nueva afirmación de su imagen. Primera parte, Bach, con el "Concierto de Brandeburgo n.º 5" —uno de los grandes hits münchingerianos—, y la "Cantata 199", hermosísima y estupendamente servida por la soprano Elizabeth Jungblut: hay que celebrar la inclusión de esta obra, pues no es frecuente escuchar una cantata en vivo; pero también hay que reprochar la no inclusión del texto en el programa. Segunda parte, Haydn, la sinfonía "Los Adioses", llena de atractivos musicales, pero célebre por la humorada de motivaciones domésticas con que finaliza: su interpretación constituye un happening discreto y, por eso mismo, adecuado a las maneras de Karl Münchinger.

Así se cumplió el ciclo de la Autónoma. Un ciclo que empezó con barroco y acabó con Münchinger, y con Münchinger entre aclamaciones, como siempre ocurre. Lo cual le demuestra que ha encontrado su fórmula mágica y puede seguir adelante con ella por mucho tiempo: seguir haciendo la misma música, recibiendo las mismas aclamaciones, regalando las mismas propinas —bien llamadas por un disco "miniaturas Münchinger"—...; cierto que con todo esto no andamos lejos

de lo que los americanos —o sea, todo el mundo— llaman entretenimiento, pero no menos cierto que, desde que a la Cultura le quitaron la K para ponerla al Kabaret, la cultura es cada vez más entretenida. ■ JOSE RAMON RUBIO.

## CANCION

### Inti-Illimani y "todas las músicas": un conflictivo festival unitario

El fin de semana, a nivel artístico-musical, se ha caracterizado en Madrid por la proliferación de festivales multitudinarios, masivos, verbeneros, teóricamente unitarios y confusos y problemáticos en la práctica. Una vez más se ha demostrado que las manifestaciones estéticas son, simplemente, el reflejo de la situación político-social del entorno en que se producen. A una izquierda atomizada, superfragmentaria y más-que-dividida —con el trauma de las elecciones a un escaso mes vista— corresponden estas celebraciones curiosamente "alegres", triunfalistas, pero difícilmente realizadas y llevadas a buen puerto.

Con predominio claro del elemento ácrata dentro del público asistente, y con representación de casi todos los partidos "a la izquierda del PC", el "Festival de la unión de todas las músicas" ofrecía como uno de sus máximos atractivos la presentación por primera vez en Madrid del grupo chileno de la añorada Unidad Popular, los Inti-Illimani.

Antes habían actuado —según el orden del programa previsto— Manuel Gerena, grupo Malasana, La Fanega, Azahar, Diego de Morón, Hilario Camacho, Gualberto, Gente del Pueblo, Pau Riba y Pablo Guerrero. Sin embargo, el recital artístico comenzó prácticamente a caldearse con la presencia en el estrado del grupo de "sevillanas democráticas", Gente del Pueblo, que supieron conectar perfectamente con el ambiente de "juerga politizada" reinante. Sus textos, referidos a la situación general del país, a los casos

concretos de la Andalucía oprimida y a las luchas reivindicativas de los pueblos españoles (incluido el reciente y trágico recuerdo de Rentería), encontraron el eco apropiado, salvando —eso sí— la aparente contradicción que existe en su labor, al emplear módulos musicales y géneros habitualmente dados al desenfado o la frivolidad. Y los textos que cantan están muy lejos de ser precisamente frívolos...

Pau Riba fue otra de las "contrariedades" de la jornada, sobre todo para cierto público que no supo o no pudo llegar a él. Como siempre, hermético y provocador, aislado y aislante, su sentido del humor no fue siempre captado por el personal. Su manera de cantar no es, desde luego, nada ortodoxa, y es precisamente eso lo que confunde e irrita a los "silbadores". Sólo que se pensaba que mucha gente que estaba escuchándole tampoco era "ortodoxa".

El que sí convenció a propios y extraños fue Pablo Guerrero. Y es porque está más seguro y más centrado que nunca: al menos, esa fue la sensación que dio. Interpretó espléndidamente "A cántaros" —que cantó todo el mundo a coro, por primera vez en la noche—, "Porque amamos el fuego", "Por debajo del agua" —el hermoso poema de José Angel Valente— y un emocionante y sereno "Extremadura", en un espléndido solo "a capella". Además, otras dos canciones nuevas, sobre temas de actualidad, que sonaron correctas y oportunas. Mencionemos también la eficacia y la sobriedad de sus dos músicos acompañantes, Pedro e Ignacio.

Y finalmente, Inti-Illimani. Grupo muy esperado, con la misma fama a cuestas, casi, que sus compatriotas Quilapayún. Fue el suyo un recital algo distanciado, ligeramente frío —como la misma noche carabanchelera—, excesivamente pulcro y en todo caso académico y perfeccionista en lo formal. Hubiese sido de desear, y el ambiente lo posibilitaba y requería, un mayor acercamiento "físico", un mayor "desmadre" —por citar la palabra que más coherencia sugiere con el contexto—. No hubo fallos en la actuación de los Inti; casi todo fue bien hecho, pero faltó calor y emoción. Únicamente las interpretaciones de canciones de Violeta Parra —la gran Violeta Parra del "Rin del angelito" o "Arriba quemando el sol"—; alguna de Víctor Jara: "La aparecida", y los entrañables sonos folklóricos de los Andes, o contruidos a partir de ellos, hicieron vibrar a la gente, antes de pasar a los



infaltables himnos finales: "El pueblo unido jamás será vencido" o "Venceremos". Coreados con el puño en alto, desde luego.

Incidentes, hubo algunos. Sin mayores consecuencias, afortunadamente, pero que revelan bien la conflictividad existente en ruidos y tendidos: espontáneos locutores que exponían sus puntos de vista sobre el tremendo momento político que vivimos, lanzaban sus proclamas nacionalistas o —incluso en el momento más grave de la jornada— realizaban sus acusaciones partidistas. Ondear excesivo de banderas, símbolos, carteles y pegatinas; infantilismo, superficialidad y esnobismos fueron otros síntomas detectados, si bien no mayoritariamente, a lo largo de las casi siete horas que se amplió el evento. Y es que la unidad de todas las músicas, como de todas las izquierdas, sigue siendo, hoy por hoy, un deseo más que una realidad. Y la libertad es algo más, como dice Pablo Guerrero, que una palabra escrita en la pared o una consigna lanzada al aire con mayor o menor convencimiento. ■ ALVARO FEITO.

## ARTE

*Le habla pedido a María Jesús —la chica que dirige la galería Altex, que es una vascongada bella y despierta— que me avisara cuando estuviese aquí el matrimonio Girona-Rafols para la inauguración de la exposición de María. Me avisó. Pero yo llegué tarde. Llegaron para lo suyo; hicieron, estoy seguro, la consabida visita al Museo del Prado, y se escaparon inmediatamente a Barcelona. Conozco muy bien a los amigos catalanes. El único que se detiene un poco aquí es Guinovart, que se para un poco más para tomar unas copas y picar un poco de lacón en una tasca gallega, pero nada más. A mí me gusta estar con el matrimonio Girona-Rafols, porque con ellos se está en los dominios de la calma. Pero los conozco sólo en Barcelona, y hasta en su casa de Cadaqués... ¿Cómo serán en Madrid? No: aquí no son. De aquí salen corriendo —huyendo— como buenos catalanes. Pero ahí está —estaba— la exposición de María, que también sirve para devolverle a uno la calma.*

## María Girona

Galería Altex  
Madrid

La tranquilidad que le produce a uno la pintura de María Girona se desprende, en primer lugar, del hecho de que uno encuentra en ella lo que espera: un aire de familia, la voz pictórica que ya le conocemos a María y, sobre todo, ninguna pretensión de sorprendernos ni maravillarnos. Más bien su pretensión es la contraria: es la insinuación de que vamos por tierra conocida —por camino pictórico conocido— y que todo lo que vemos en esa obra pertenece a una familia conceptual que también es la nuestra. Si uno no conociera a María —al matrimonio María-Alberto Rafols— podría llegar a pensar que ella es de esos artistas que se han situado completamente al margen de las vanguardias contemporáneas y que, por supuesto, se colocan en contra de toda nueva experiencia... Pero no. Aparte de que ella misma ha practicado un arte de la vanguardia experimental, tiene, muy cerca, en su misma casa, en su marido, a uno de los artistas más interesantes de la nueva pintura, a la cual ella entiende y comprende muy bien. Y no: no es eso. Lo que ha hecho María con su pintura es algo muy interesante y, por supuesto, muy difícil. Ella ha tomado a toda la pintura de la serenidad, del paisaje calmo, y lo ha transformado en vanguardia.

¿Se comprenderá lo que quie-

ro decir? Lo normal... o lo que parece normal, es marchar desde el convencionalismo figurativo hasta la vanguardia... Lo que no parece normal —y no lo es— es marchar desde la vanguardia hasta la recuperación figurativa de apariencia convencional... pero sin dejar de ser vanguardia. Eso es muy difícil. Pero es posible. Yo conozco un caso parecido. Es otra mujer... ¿será eso obra de mujeres?... otra pintora que se llama Carmen Laffón. Pero, ¿en qué consistirá esa operación de ser vanguardia recuperando los viejo valores? Velázquez, que lo hizo, podría decirnos la clave máxima de su consistencia: Consiste en que cada trozo de realidad está pintado como un problema; nunca como una solución.

Pero, en fin, dejemos, por ahora, esos problemas que más parecen de filosofía del arte que de crítica propiamente dicha. El hecho es que María pinta llevando esa serenidad de que dispone en su persona ella y su matrimonio hasta su propia pintura. Casi siempre, lo suyo es el paisaje. Pero si no pinta paisaje, refiere algo pequeño, minúsculo y entrañable con lo cual nos identificamos todos... Y por supuesto, desdeña la prepotencia cromática. No desdeña el color, nada de eso: es muy mediterráneamente cromatista. Pero usa un cromatismo modulado, ensordecido, que huye de los colores calientes y vociferantes. Hay un color María Girona.

Pero lo importante es que hay una pintura María Girona que es inconfundible, en la que todos

nos encontramos. ■ JOSE M. MORENO GALVAN.

## TEATRO

### Ante la venida del "Bread and Puppet"

La breve entrevista está hecha en Florencia, cuando, hace varios meses, se fraguaba la posibilidad de que el grupo hiciera una pequeña gira por España. Las respuestas de Peter Schumann, el director y soporte del "Bread and Puppet", han esperado pacientemente a que cuajara el proyecto. Ahora, con el anuncio de sus actuaciones en el San Juan Evangelista —del 27 al 30 de este mes— y en varios barrios madrileños, más su temporada en Barcelona, las respuestas de Schumann se convierten en una buena introducción.

Acababa de ver una exposición dedicada al pintor Mantegna, hecha por Schumann y sus colaboradores, ofrecida, entre la admiración y el escándalo, en uno de los museos de la hermosa ciudad. A Schumann, de origen alemán —circunstancia nada secundaria, pues sin esa raíz centroeuropea sería inexplicable el ritmo, la iconografía y la precisión de sus espectáculos—, residente en los Estados Unidos, creador de uno de los grupos y de las estéticas del que fue Teatro Radical norteamericano, empecé preguntándole qué sentido tendría la presencia del "Bread and Puppet" en un país mediterráneo, de fuerte tradición católica, situado en un momento político determinado...

—En Francia, en Italia, en los Estados Unidos, nos han hablado muchos españoles de las fiestas y las tradiciones populares. Hemos sabido, así, que en muchos lugares se celebran manifestaciones que guardan relación con lo que nosotros hacemos con los muñecos, las máscaras y la música. Así que, de una parte, nos gustaría acercarnos a esas expresiones populares. Pero, a la vez, nosotros no somos turistas ni simples investigadores; somos gente de teatro, activa, que necesita también mostrar lo que produce.



María Girona: "Casa y camino".